

M^a Dolores Dopico Caínzos – Manuel Villanueva Acuña (eds.), *Aut Oppressi serviunt... La intervención de Roma en las comunidades indígenas (=Philtáte 5)*, Lugo, Servizo de Publicacións da Deputación de Lugo, 2021, 447 pp. [ISBN: 978-84-8192-578-4]

La presente obra es el quinto volumen de la serie *PHILTÁTE: Studia et acta antiquae Callaeciae*, una colección dedicada al análisis del Noroeste peninsular en época romana. Este volumen, editado por los profesores M^a Dolores Dopico Caínzos y Manuel Villanueva Acuña, es el resultado de las investigaciones realizadas al amparo de los proyectos de investigación “*Aut oppressi serviunt aut recepti beneficio se obligatos putant: la intervención de Roma en las comunidades indígenas (s. II a. C.- s. I d. C.)*” (HAR2017- 82202-P) y “*Aut oppressi serviunt II: las formas no coercitivas de transformación indígena (s. IV a. C.-s. I d. C.)*” (PID2020-117370GB-I00), así como por el Grupo de investigación GEPN-AAT (Grupo de referencia competitiva de la Xunta de Galicia GI-1534). En esta ocasión, la obra cuenta con un total de quince capítulos escritos por veintiocho especialistas de universidades y centros de investigación españoles, portugueses, franceses, italianos y suizos. La heterogeneidad de especialistas en distintas áreas de esta época y sus múltiples enfoques ha enriquecido, sin duda, el volumen presentado, ya que los análisis de las poblaciones conquistadas no se circunscriben al Noroeste, sino que se insertan en una visión de conjunto del Mediterráneo occidental durante la expansión romana.

Cambio se convierte en la palabra clave que articula toda la obra mediante su compartimentación en tres bloques: “los agentes del cambio”, “la transformación de las sociedades indígenas” y “nuevos paisajes: los cambios del territorio y la administración”. Sin embargo, antes de dar inicio a los análisis específicos sobre estos cambios, Fernando Wulff Alonso (pp. 15-41) ofrece una introducción a la obra que, más que un avance sobre el debate y las cuestiones que se tratarán en esta publicación supone una dura crítica a la historiografía anglosajona por la adopción de las teorías de la “agencia” y la exclusión de publicaciones en lenguas distintas al inglés en sus tesis sobre la identidad en época romana. En palabras de Wulff, este tipo de ideas posmodernas limitan el conocimiento histórico por la “edulcorización del sometimiento, el blanqueamiento de Roma y la hipertrofia del tema de la identidad italiana” (p. 33). Propone hablar desde la perspectiva romana, comprender los mecanismos de integración que tuvieron lugar en la Península Itálica, en especial aquellos de tipo jurídico, como la concesión de la ciudadanía romana y la latinidad, porque este fue el modelo implementado después en provincias.

La primera sección sobre “los agentes del cambio” mantiene su atención en la órbita política del poder romano, pues centra su atención en las élites y el ejército romano como impulsores de las transformaciones en las comunidades conquistadas. Juan José Palao Vicente abre esta sección con un capítulo dedicado a la acción del ejército romano en Hispania desde la Segunda Guerra Púnica hasta el final de la

República (pp. 43-67). Enfatiza que la escasez de datos que encontramos en las fuentes literarias puede verse compensada con los nuevos enfoques en arqueología que permiten entrever el tipo de relaciones que mantuvieron las comunidades indígenas con Roma.

El segundo capítulo versa sobre el culto imperial en *Bracara Augusta* y *Lucus Augusti*, escrito por Armando Redentor, M^a Dolores Dopico Cainzos y Juan Santos Yanguas (pp. 69-93). Los profesores proponen que estas ciudades fueron el eje de la implantación romana en el Noroeste y donde se conserva la mayor concentración epigráfica del territorio. Por ende, es también el espacio donde la administración romana tuvo una mayor presencia y donde se puede apreciar cómo las élites indígenas se integraron en la órbita del poder romano a través de la ocupación de cargos asociados al culto imperial. Sobresale la nueva interpretación de los epígrafes vinculados a P. Fabio Máximo, que sirvieron a la consolidación del poder imperial en el territorio.

Finalmente, Enrique García Riaza continúa en la línea del estudio de las élites indígenas a través del regalo diplomático durante la República (pp. 95-115). En un primer momento de la conquista, las élites locales actuaron como negociadoras de la posición que mantendría su comunidad con respecto a Roma, lo que suponía que la propia Roma tuvo interés en atraerlas e integrarlas de acuerdo con la propia “ideología romana” (p. 99), es decir, su “romanización”. En este contexto, García Riaza explica cómo las dádivas constituyeron decisiones meditadas cuya carga simbólica conllevó siempre consecuencias políticas.

El segundo bloque, “la transformación de las sociedades indígenas”, persigue mostrar las múltiples manifestaciones de los cambios durante y después de la conquista romana en las comunidades locales. Para ello Manuela Martíns y Fernanda Magalhães dedican su contribución a explicar la evolución identitaria de las comunidades del Noroeste hispano entre los siglos II a.C. y I d.C. (pp. 117-144). Observan distintas evoluciones identitarias entre los galaicos: mientras los *bracarensis* configuran *citancias* de grandes murallas (a las que dotan de funciones defensivas y rituales), los *lucensis* no llegaron a desarrollar este tipo de urbanismo. Dentro de estas sociedades altamente jerarquizadas, las élites locales importaron el nuevo *modus vivendi* romano por beneficiarse –en términos de poder– de su integración en el Imperio Romano, lo cual es visible en sus inscripciones funerarias, entendidas como espacios de negociación de la nueva identidad. Dichas élites insertaron a sus comunidades en nuevas rutas comerciales que conllevaban modificaciones en los patrones de consumo. Las transformaciones culturales, lejos de ser una “vivência romana forçada” (p. 137), crearon una noción de “romanidad” colectiva y mantuvieron múltiples identidades preexistentes.

El siguiente capítulo gira en torno a las divinidades locales documentadas en la epigrafía romana del norte hispano entre los siglos I y III d.C. (pp. 147-174). En línea con el capítulo anterior, Marta Fernández-Corral y M^a Cruz González-Rodríguez expresan cómo las inscripciones fueron un medio romano adoptado por las poblaciones locales, lo que incluye también su formulario. Presentan el caso del Noroeste, donde más de la mitad de los epígrafes conservados son votivos –una práctica nada habitual en el resto del Imperio Romano. Concluyen que las poblaciones locales practicaron los ritos romanos, en especial el *uotum*, de manera que, aunque mantuvieron dioses anteriores a Roma, tomaron las normas de la nueva *religio*.

Gian Luca Gregori y Romeo Dell’Era escriben sobre las intervenciones de Domiciano en comunidades alpinas (pp. 177-187). Los profesores apuntan

que, si bien Augusto conquistó estas poblaciones, no sería hasta la época Flavia, fundamentalmente con Domiciano, cuando estas comunidades se integraron plenamente en el Imperio Romano, en especial por el interés estratégico que suponía el territorio para las guerras en Germania.

La inclusión de las comunidades indígenas transpadanas en el mundo romano es estudiada desde la epigrafía funeraria de la región del Véneto (pp. 189-215). Giovannella Cresci Marrone y Anna Marinetti realizan un sugestivo análisis de inscripciones inéditas de la necrópolis de Montebelluna, datada entre los siglos I a.C. y principios del I d.C., atendiendo también al contexto arqueológico funerario. Los epígrafes de carácter privado, escritos en véneto y en latín, utilizan fórmulas onomásticas y modos de representación que revelan los problemas de homologación surgidos en el largo y progresivo proceso de integración de estas comunidades en la órbita romana. Dicho proceso sigue distintas sendas y muestra la heterogeneidad de soluciones que cada familia y cada generación decidieron manifestar en sus tumbas.

Tomaso M. Lucchelli estudia el impacto de la conquista romana sobre la acuñación monetaria en la Galia Cisalpina en los siglos anteriores al cambio de era (pp. 217-232). Considera que la producción monetaria fue desde sus inicios un fenómeno exógeno ligado al pago de los servicios militares en Estados del Mediterráneo. En el siglo II a.C., la moneda autóctona quedó supeditada al sistema monetario romano, lo que demuestra la integración económica de estas comunidades en la órbita romana. El fin de la acuñación local en torno al año 89 a.C. sería consecuencia de la nueva situación administrativa, pero no puede asociarse a la creación de las colonias latinas ficticias por falta de certezas.

La ciudad de Falerii es estudiada de forma preliminar en el siguiente capítulo por María Cristina Biella y David Nonnis (pp. 235-262) como un ejemplo de transición de la antigua urbe a la nueva construida por los romanos tras su conquista y castigo en el 241 a.C. Consideran que el bilingüismo de la epigrafía de los siglos II-I a.C. se debe a errores de datación. Ponen de relevancia la necesidad de revisar los datos de los materiales arqueológicos y, en especial, el registro epigráfico para entender cómo se produjo el paso de una ciudad a otra en cuanto a sus magistraturas, instituciones y formas de autorrepresentación funerarias. En próximos trabajos, su comparación con los epígrafes de otros territorios, como Cumas, antes y después de la Guerra Social permitirá comprender cómo se produjo la integración de estas comunidades en la órbita romana.

Cierra este bloque el estudio sobre la práctica epigráfica en la *ciuitas* de los *Bituriges Cubi*, localidad aquitana, por Milagros Navarro, Joaquín Gorrochategui y Monique Dondin-Payre (pp. 265-294). Con su trabajo demuestran que el hábito epigráfico no fue uniforme en el Imperio, sino que siguió distintos ritmos y tendencias en cada región. Proponen la posibilidad del uso de la pintura en las inscripciones funerarias, tanto en el texto como en la iconografía, en lugar de trazos incisos, lo que conllevaría la pérdida actual de gran parte del mensaje y explicaría la falta de fórmulas de consagración en espacios del epígrafe especialmente diseñados para ello.

El último bloque del libro, titulado “Nuevos paisajes: los cambios del territorio y la administración”, versa sobre las transformaciones territoriales que trajo consigo la conquista romana. Ricardo Mar Medina inicia el primer capítulo de esta sección hablando sobre los santuarios, foros y centros ceremoniales en Hispania (pp. 297-335). La conservación de la memoria ritual y la relevancia de los espacios sagrados prerromanos en época romana se demuestra con la monumentalización de antiguos

santuarios y centros ceremoniales. Este es el caso del santuario de la Encarnación en Caravaca, donde se emplearon modelos romanos y de tradición helenística originaria de Cartago. En Tongóbriga, el antiguo centro ceremonial se monumentalizó con un nuevo edificio termal en el antiguo balneario y una plaza rectangular porticada que quedaba en el interior de la ciudad. De manera similar, el foro de Sagunto fue en su origen un centro ceremonial que modificó su apariencia con el programa iconográfico augusteo como símbolo del poder romano.

El siguiente capítulo trata sobre las transformaciones urbanas y la monumentalización de las ciudades romanas de la Celtiberia del Duero entre el siglo II a.C. y el 192 d.C., de la mano de Santiago Martínez Caballero (pp. 337-374). Expone la evolución urbanística de manera diacrónica en esta región, si bien la abundancia de datos y complejidad de los procesos de integración de estas comunidades merecen estudios pormenorizados de cada etapa, en especial los primeros siglos de dominación romana, donde profundizar en el significado de pervivencias indígenas y la desarticulación simbólica del paisaje urbano indígena de la que habla Martínez.

Michel Tarpin colabora en este libro con una contribución sobre la valía de Catón como fuente para el estudio de la Transpadana prerromana (pp. 377-411). Pese a sus contradicciones con Livio y Polibio, los datos de Catón coinciden con el registro arqueológico y el propio Plinio, lo que demuestra la existencia de distintos sistemas urbanos en la Transpadana alejados del modelo mediterráneo y, en especial, la retórica romana de la guerra.

Cierra la obra un capítulo sobre las zonas mineras auríferas del Noroeste hispano, escrito a varias manos entre Brais X. Currás, Almudena Orejas, F. Javier Sánchez-Palencia, Luis F. López y Yolanda Álvarez (pp. 413-435). Señalan que los asentamientos asociados a la explotación minera fundados por Roma presentan unas características drásticamente distintas de los modelos prerromanos y con nuevas funciones administrativas dentro del nuevo sistema romano. También apuntan la existencia de pervivencias indígenas en la arquitectura y la cultura material. La convivencia de ambos mundos se explica como “un tercer espacio entre lo indígena y lo romano, la tradición y la resistencia” (p. 421).

Con este volumen, la colección PHILTATE amplía sus horizontes interpretativos a través de la inclusión de varios capítulos que van más allá del marco geográfico del Noroeste. Gracias a ello puede establecerse un diálogo entre especialistas desde diferentes perspectivas que permiten profundizar en la comprensión de las transformaciones de las poblaciones conquistadas por Roma a lo largo de su expansión. Cabe mencionar, también, las numerosas y bien seleccionadas ilustraciones en color que acompañan los textos. Nos encontramos, por tanto, ante una obra de gran interés científico para todos aquellos investigadores que estudien cuestiones asociadas a la integración de comunidades indígenas en el Imperio Romano y, en una palabra, el *cambio* que experimentaron durante y tras la conquista romana.

Natalia Gómez García
Universidad Complutense de Madrid
natalia.gomez@ucm.es